

JULIO FABIÁN

LA VENGANZA DE LAS ORQUÍDEAS

Una gris mañana Reutilio Arizar Huamaní se despertó con un deber muy grande que no estaba seguro de cumplir. Su pequeño vástago había cumplido seis años, su provinciana esposa, que tenía el semblante de una rama de eucalipto, le había informado que el pequeño necesitaba de otras medicinas, la tos convulsiva —una de esas agudas enfermedades que le cae a la gente pobre y resignada— no desaparecía, veía el gran esfuerzo de su único hijo para respirar. Su inmaculada mujer tenía la angustia en cada gesto. Él no sabía decir una palabra exacta que la consolara, solo sabía mirar con la impotencia de un volcán extinto. Debería trabajar sin descanso y, quizás, con mucha suerte conseguiría algunos soles más. Su oficio era sacrificado y dependía del ímpetu que él ponía.

Reutilio cogió su mototaxi, como todos los días desde hacía cinco años, se internó a ese gigantesco mar de gente, toldos y frutas dispuestas sobre el asfalto, en el mercado más grande de Lima sur. Cobraba por el servicio de transporte desde un sol hasta cinco soles, si había mucha suerte, porque la gente por ese lugar de la desmedida capital peruana, con frecuencia nunca paga más de tres soles por un servicio. Desde las siete de la mañana hasta las doce del día solo había logrado reunir trece soles porque la competencia en este negocio es abismal y ciertas veces algunos

conductores suelen tirarse al piso cobrando hasta cincuenta céntimos de sol por una breve carrera. Un ejército de mototaxis por momentos hace que esta parte de Lima pareciese una parte copiada de Nueva Delhi o Calcuta. El joven hombre se detuvo por unos minutos para comer un plato tres colores, ese popular plato compuesto de tallarines rojos, cebiche y arroz con pollo. Mientras ingería el popular plato sus oídos se ensordecieron. No sabía en qué momento había llegado su vida a esa cúspide de incertidumbre. Su mente estaba fuera de la tierra. Aterrizó en unos segundos; en todo el día jamás alcanzaría más de treinta soles, lo sabía muy bien, se deprimió mucho, desde sus ojos se desparramaban gotas que contenían esa frustración que le llenaba de ira. Se levantó sin pagar, cuando una voz de una señora con acento serrano le dijo: «Papito, numias pagao». Él miró a la pobre señora y arrojó los 3 soles por el plato que no había acabado de comer. Avanzó y mientras movía su cuerpo se encontró frente a la vendedora de flores, aquella señora ofrecía unas flores que solo gente venida de las partes más pudientes de la capital podían comprarlas por el precio accesible para ellos. Las orquídeas anaranjadas le llamaban su atención, la hermosura de sus pétalos le eran inalcanzables. Jamás podría darse el lujo de gastar más de treinta soles por unos ramos, se conformaba con admirar su belleza natural.

Avanzó, se subió en su vieja máquina, con espesa lentitud, cuando la mano alzada de una señora muy robusta lo detuvo. «Papito, ¿cuánto cobras por llevar este balón de gas aquí nomás a la entrada del Milagro». «El Milagro» es un desértico asentamiento humano donde están los más grandes criadores de cerdos de esta parte de Lima. El joven de nariz aguileña miró a la robusta y blanca señora, y dijo un precio: «Diez soles». La señora aceptó. La señora y el balón se instalaron con mucho esfuerzo en la parte tra-

sera del mototaxi. Reutilio, pisó su acelerador, su vieja máquina Bajaj, siempre respondía a las exigencias que él le había impuesto desde que la compró de segunda mano. La máquina subía por la reciente asfaltada avenida, el motor expedía un sonido como de dolor, como si fueran las últimas revoluciones que daría en su mecánica y metálica existencia. Reutilio sabía que en cualquier momento la máquina no soportaría la empinada vía, se detendría y eso era ponerle fin a los diez soles. Pisó el acelerador a fondo, su frente estaba tan caliente como la carcasa donde estaba montado.

En un segundo de la marcha, en un momento en el que se aferraba al ímpetu de su moto, apareció un auto gris marca Toyota, era un hermoso modelo Yaris, que cruzó la avenida sin menor aviso y con mucha velocidad. Reutilio perdió control de su máquina, el mototaxi fue a dar frente a los muros de una casa de ladrillos, la señora salió disparada y rodó por la arena a unos metros de la angosta avenida. El balón salió disparado por otro extremo, rodó como un cuerpo sin vida, unos cincuenta metros hasta que se detuvo. El conductor del auto, que había detenido su máquina, se acercó hacia Reutilio y dijo: «¡Cholo cojudo! ¡Cómo puedes andar con semejante cargamento en esa máquina de porquería!». El hombre de nariz aguileña gemía de dolor, estaba revuelto con la tierra y tenía el cabello lleno de arena tan seca como la harina del trigo, miraba al cielo, sangraba por una nariz y al momento casi distinguió al hombre de piel negra y casi dos metros de estatura, era Gino Santos, jugador de varios clubes profesionales de Lima. Ahora, Santos jugaba por un club de Turquía, estaba de visita en Lima; la familia del jugador aún vivía por esta parte marginal de la Capital. Reutilio sangraba y sin la menor duda le dijo al espigado hombre, con voz ensangrentada: «Nero, cochatumare». El inmenso hombre lo miró, hizo crecer lo blanco de sus enormes

ojos y con mucha furia golpeó con puñetes y patadas a Reutilio. Las personas que miraban la escena se quedaron asombrados por la violencia del jugador de fútbol. Santos se sacudió el pantalón blanco que llevaba y notó que en su camisa verde olivo había una mancha de sangre de Reutilio, en ese momento escupió un gran volumen de saliva, optó por retirar de su cuerpo esa elegante camisa, la arrojó al suelo y mientras subía a su auto dijo: «Serrano de mierda, ¡qué chucha te habrás creído!».

Reutilio se movía con lentitud, hacía un movimiento extraño de reptil, similar a una lagartija cuando le cortan una parte de su cuerpo y espera un milagro de la naturaleza. La señora blanca y robusta fue auxiliada por algunas personas. Un muchacho de pantalones jeans desteñidos y cara sucia se acercó hacia el joven conductor de mototaxi: «Causita, chocherita, ese nero conchesumare come'n la cebichería “El Rey”, ese que es del otro jugador del Alianza, vente con otros de tus causas y allí lo encuentras, pero vente con tres o cuatro, porque solito te puede matar». Reutilio tenía el rostro de su vástago sobre sus pupilas. Su amada y muy joven mujer Silveria había envejecido de la noche a la mañana, apenas llegó a hacer el cuarto año de secundaria cuando salió embarazada. Ella no entendería el accidente, le llenaría la cara de puros adjetivos denigrantes, lloraría, lo mandaría a rodar. Más problemas para él, pero este suceso le había golpeado como nunca antes la fibra más íntima de su personalidad. Tenía algunas costillas rotas, seguramente por el accidente y por las patadas que el generoso jugador de fútbol le había propinado. En un esfuerzo sobrenatural se puso de pie, cogió la camisa de Santos y sacudió con ella la arena impregnada en su máquina. Azotaba su máquina con esa prenda, parecía que golpeaba a una bestia. El joven hombre avanzó como un pájaro borracho, su cuerpo delga-

do apenas parecía flotar ingrávito sobre el planeta, mientras se desplazaba derramaba gotas de sangre más rojas que la cachina que suelen tomar algunos ebrios y mendigos de Pamplona, parte pobre y alta del sur de Lima. Con una fuerza contundente, Reutilio, logró levantar su vieja máquina, que había quedado volteada y la empujó unos cuantos metros. Empezó a descender de la inclinada vía sin prender el motor. Después de avanzar así, durante unos veinte segundos, el motor de la máquina se encendió con un ruido grave y destartalado, Reutilio tenía la ropa llena de tierra y polvo, su rostro impregnado de sangre daba la impresión de querer vengar el estropicio.

El hombre adolorido ingresó al caótico mercado Ciudad de Dios. Desde los ojos del cielo él y su máquina se habían esfumado sobre la faz de la realidad. La injusticia es parte de lo que hacemos todos los días. Después de unos minutos de haber estado perdido, Reutilio apareció caminando por la transitada avenida Pachacútec, había dejado su vieja mototaxi en un taller de mecánica. El anochecer se asentaba por las calles de San Juan de Miraflores y él caminaba muy rápido como una bestia fuera de sí. Llegó hasta la cebichería que le habían mencionado, no le fue difícil llegar, como buen mototaxista, conocía todos los lugares del sur de la ciudad, distinguió el auto nuevo, color gris, que hacía poco había ocasionado el funesto accidente a causa del espigado y necio conductor. Esperó a que la noche gobernara a plenitud, esperó con paciencia. Recordó allí en esos minutos como se había ido de su casa, o como lo habían echado, después de una discusión con su padre por haber embarazado a su joven novia, las imágenes golpeaban su cerebro, su padre no tuvo consideración en arrojar sus ropas hacia la calle, sostuvo el llanto aquella vez y tragó su orgullo. Después de dos horas vio al famoso jugador salir del local, donde había estado

departiendo con algunos amigos un par de gaseosas y cervezas. Santos estaba abriendo la puerta de su auto cuando sintió el golpe certero y macizo de una llave de ruedas sobre su nuca, gritó de dolor y pudo pronunciar: «Ratero putasumarr, te caaaste...». El hombre lesionado se inclinó de rodillas tomándose la cabeza para defenderse. Los golpes caían como una lluvia pesada y acerada, hasta que el jugador de fútbol no pudo moverse más. El hombre de nariz aguileña lo escupió y seguidamente tomó la billetera del hombre a quien había lastimado con mucha violencia.

Por la noche Reutilio llegó a la casita de madera y estera que habitaba junto a su familia en las faldas de «Cerro Verde», un nuevo asentamiento, en la cumbre de la cumbre, en Pamplona Alta. Besó a su mujer como no lo había hecho hacía varios meses. Ella lo miró algo asombrada y con júbilo, su mirada tenía esa aprobación que es difícil de pronunciar en los seres que se aman con intensidad, luego abrazó con aguda ternura al esposo. En una de sus manos, él portaba unas ramas de las exóticas orquídeas anaranjadas que tanto le inquietaban por su exquisitez singular. Por último, el joven hombre sacó de un bolsillo de sus pantalones los cerca de setecientos soles que había conseguido expropiar al ahora finado Gino Santos, estrella nacional de la selección nacional sub-20, quien como el joven conductor, también, había nacido y crecido en esta parte viva y succulenta de Lima.